

UN ANÁLISIS EN TORNO A LA FIGURA DE JESÚS DE NAZARET

Julián Sanz Pascual
Licenciado en Filosofía

RESUMEN

En el siglo XIX Nietzsche dijo aquello tan conocido de "Dios ha muerto", sin embargo, a juzgar por lo que hoy ocurre en el mundo, resulta indudable que continúa más vivo que nunca, y además ¡con qué poder!, al menos por cuanto que en su nombre se han cometido actos tan terribles como los atentados del 11-S de Nueva York (año 2001) o del 11-M de Madrid (año 2004). Y si entramos en el interminable conflicto entre judíos y palestinos en el Oriente Medio, resulta evidente que tiene raíces bíblicas, las de un libro que suponemos inspirado por Dios. A la vista de este conflicto, parece claro que la figura de Jesús de Nazaret supuso en su momento una ruptura muy profunda con el tradicional nacionalismo judío, el que se proponía superar mediante un internacionalismo dialogante y liberador: "Id por todo el mundo y predicad a toda criatura", dijo a sus discípulos.

Creemos que ésta fue la grandeza del Nazareno, la que en nuestra cultura cristiana se ha oscurecido con una interpretación mística del personaje, la que le convirtió en Jesucristo. Esto en los ámbitos religiosos, que en los ámbitos culturales más laicos se lo ha marginado como si de algo extraño se tratara, de algo que desborda las posibilidades de la razón.

Y de ello es de lo que vamos a tratar en este artículo, de ver que este personaje histórico es tan comprensible o tan incomprensible como cualquiera otro, sólo que es necesario ir a él con los recursos mentales adecuados, los que permitan entrar con una cierta naturalidad en los esquemas de la cultura en que se desarrolló su vida.

1. EN NUESTRA REALIDAD CULTURAL

No cabe duda de que la figura central de nuestra tradición religiosa es Jesús de Nazaret: en torno suyo ha girado lo más sobresaliente de nuestra iconografía, también las fiestas más destacadas de nuestro calendario civil, hoy de nuestro calendario turístico, principalmente la llamada Semana Santa, que se ha convertido en un magnífico reclamo publicitario. Entonces, lo primero que hay que preguntarse es si todo ese largo itinerario tradicional, la deificación que se ha hecho de aquel hombre singular al que hace casi dos mil años colgaron de una cruz tiene algo que ver con la realidad que hoy estamos viviendo.

2. DE AQUELLA HISTORIA HASTA HOY: LOS EVANGELIOS

Lo primero que hay que decir es que lo único que tenemos de aquella historia que ocurrió hace dos mil años, lo más fiable cuando menos, son los textos llamados evangelios canónicos. Ciertamente que sobre su autenticidad se ha especulado mucho y se ha dudado más. La verdad también es que si nos enredásemos en este asunto acabaríamos perdiéndonos en los interminables fangales de la erudición y produciéndose un ambiente intelectual irrespirable, que además no nos llevaría a parte alguna. Sin

embargo el hecho primero es que el tema nos interesa a todos, al menos de manera indirecta, pues forma parte muy profunda de nuestra cultura en el sentido más hondo, de nuestra manera de ser; el segundo hecho es que no tenemos otros documento más directos que los cuatro evangelios, el de Mateo, el de Marcos, el de Lucas y el de Juan, para penetrar en aquella historia, tan vieja y tan actual, la que continúa impregnando o inquietando al menos nuestra vida de hoy, y eso a pesar de que se supone que ya vivimos en un Estado aconfesional.

¿O es que no están hoy en el candelero político los problemas entre la Iglesia y el Estado? Pero esto no es de hoy, sino que lleva siglos siendo así, bien que al encontrarnos ya en un Estado aconfesional los problemas han de ser distintos a los que a lo largo de la historia ha habido en la España que se decía católica. La Segunda República, la del año 1931, supuso la primera ruptura formal del Estado con la Iglesia; la guerra civil de 36 culminó en un Estado que volvió a ser confesionalmente católico, lo que después de casi cuarenta años de dictadura se cortó finalmente con la Constitución de 1978, que volvía a declarar al Estado aconfesional. Hoy la Iglesia lo acepta, aunque sea un poco a regañadientes, pero exige el mantenimiento de unas prerrogativas que continúan generando conflictos, bien que ya conflictos que, al menos por ahora, se mantienen en el ámbito de la dialéctica verbal.

Mas volviendo a los cuatro evangelios, por supuesto que en esos libros hay mucho cascajo evidentemente desechable, de manera especial en lo que se refiere a la mitificación del personaje Jesús; por otra parte, no se pueden tomar esos textos al pie de la letra, pues el lenguaje figurado que ha dominado aquella cultura judía nos llevaría a los más increíbles absurdos. No obstante, el problema verdaderamente serio es que lo que se nos ha dado tradicionalmente no han sido tanto los textos limpios como las interpretaciones más interesadas, que son en las que durante siglos se ha adoctrinado a la población. Un adoctrinamiento que ha sido cultural en el más amplio sentido de la palabra, pues toda la iconografía, tanto la acústica como la plástica, tanto la literaria o musical como la pictórica y la escultórica, nos han ofrecido una imagen de aquel Jesús completamente mitificada, por no decir falsificada a veces, aunque pretendiendo siempre hacerla pasar por absolutamente real.

3. UN ANÉCDOTA MUY ILUSTRATIVA

A este respecto, puedo contar una anécdota que va a resultar muy ilustrativa. Hablando en cierta ocasión con un matrimonio amigo muy piadoso, casi de comunión diaria, comenté mis dudas sobre el hecho que se cuenta en los textos acerca de la resurrección de Jesús y sobre su ascensión a los cielos. Entonces la mujer me miró muy extrañada y me dijo: "¿Pero cómo no voy a creer en la ascensión de Jesús si yo he estado en Palestina y he visto la piedra en la que están las huellas que dejó antes de ascender al cielo?" El extrañado entonces fui yo, de la credulidad de aquella piadosa mujer. Pero entendí que una credulidad de tan hondo arraigo no se arranca ni con la mayor máquina de taladrar. Por esto no quise comentarle que en Jerusalén hay una mezquita llamada de la Roca, desde la que se supone también que Mahoma ascendió al cielo.

4. ANALIZAR LOS TEXTOS

A pesar de todo esto, lo que no resulta tan difícil es coger los textos canónicos y tratar de descubrir a través de una lectura pausada la auténtica realidad de aquel hombre llamado Jesús de Nazaret, la de su difícil magisterio público frente a las duras acometidas de la élite religiosa de su tiempo y la durísima realidad de su condena a muerte y ejecución pública en una cruz. La interpretación que el cristianismo nos ha dado del hecho, ha sido considerarlo como algo que necesariamente se había de cumplir de acuerdo con lo que estaba escrito, al estilo de las tragedias griegas, en las que el protagonista real era el *fatum* o destino decretado por los dioses. Ciertamente, Jesús murió por el decreto dado, pero no por el Dios del monoteísmo, que habría de ser justo, único y universal, ni siquiera por los dioses del politeísmo pagano, por los dioses celestiales como se suponía en la tragedia griega,

sino por los dioses o diosecillos que entonces pululaban por Jerusalén, los que constituían la élite religiosa. Ésa y no otra es la durísima y triste verdad.

5. ¿ERA NECESARIA ESA MUERTE?

Atribuir la necesidad de la muerte de Jesús a un decreto del Dios del Antiguo Testamento, que la exigía como pago por la redención del hombre pecador en su origen, no es más que una aberración, una falsificación que daba la razón a Pablo de Tarso en su interpretación del pecado original al pie de la letra de acuerdo con lo que se lee en el texto del *Génesis*. Por cierto, que el que se tome la molestia de acercarse a este libro, el primero del *Pentateuco*, se encontrará con la sorpresa de que en él hay dos narraciones sobre la creación del primer hombre: la del capítulo primero, en que el hombre queda inocente, dueño y señor de todas las cosas, y la del segundo y tercer capítulos, que es cuando se nos cuenta lo del hombre pecador, lo de la manzana y demás, lo que se ha llamado el pecado original.

Pablo, a partir de esta segunda narración del *Génesis*, interpretó la vida de Jesús de esta manera: "Así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto que todos habían pecado... Si, pues, por la transgresión de uno solo, esto es, por obra de uno solo, reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo" (*Romanos*, 5, 13-17).

6. LA INTERPRETACIÓN DE LOS EVANGELIOS

El problema entonces se centra en cómo interpretar la narración de los evangelios en lo que se refiere a la muerte de Jesús. Me parece que la única interpretación que nos queda es la que un humano de buen sentido puede dar: Jesús, como cualquier hombre, no había venido a sufrir, mucho menos una muerte tan terrible dada por la voluntad maliciosa de algunos hombres. Él vino a gozar de la vida como todos los humanos, a ser feliz ejercitando de manera preferente la actividad que nos es propia, la de la racionalidad, por decirlo en palabras de Aristóteles. Ahora bien, la vida de cada hombre no nos viene montada siempre como nosotros queremos, lo que sería una vida ideal y falsa, sino que para que sea real y verdadera nos vemos obligados a montárnosla nosotros mismos. Y aquí es donde cada hombre da su talla. Los caminos que se le ofrecen en una sociedad ya culturalizada son principalmente dos: uno, el de la más absoluta docilidad a los mandatos de sus mayores, incluidos sus padres, también los poderes dominantes, que es lo que le puede ofrecer una vida fácil, cómoda y próspera; otro, el de enfrentarse a ellos, lo que le va a ofrecer una vida nada fácil, nada cómoda y nada próspera, incluso acabar en un patíbulo como le ocurrió al pobre Jesús.

7. LAS DEPENDENCIAS FAMILIARES

Jesús no debió de ser muy dócil a los imperativos familiares, al menos tal como en aquella cultura se exigía en el acatamiento a la figura del padre. Él lo dice una vez muy claramente como enseñanza a sus discípulos: "No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí..." (Mt. 10, 34-37) Por otra parte, de lo que se lee en otros pasajes de los evangelios, se desprende que las relaciones con su familia no debieron ser muy buenas. Esto al menos se deduce de lo que nos cuenta Mateo:

"Mientras él hablaba a la muchedumbre, su madre y sus hermanos estaban fuera. Alguien le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. Él respondiendo dijo al que hablaba: ¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos? Y extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quienquiera que hiciese la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt. 12, 46-50).

Y aún más duramente se pronuncia contra las dependencias familiares cuando uno, que quería ser su discípulo, le pidió que le permitiese primero ir a enterrar a su padre: "Sígueme y deja a los muertos sepultar a los muertos" (Mt. 8, 21-22).

8. LAS DEPENDENCIAS POLÍTICAS

Si las relaciones con su propia familia no fueron muy buenas, menos lo fueron con los estamentos del poder, especialmente el religioso, pues se mantuvo en permanente confrontación con él. No fue así con el poder de la ocupación romana, pues hay hechos que avalan cierta buena sintonía, al menos con algunos individuos de su ejército. Es más, Jesús eludió la confrontación. Así se puede entender en aquel conocido episodio en que, maliciosamente sin duda, unos judíos le preguntan si era lícito dar tributo al César. Su respuesta no pudo ser más hábil políticamente hablando. Pidió que le mostrasen una moneda y, como en ella estaba la figura del César, dijo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Mt. 22, 21)

La modernidad de esta respuesta es impresionante, pues propone nada menos que la separación del Estado y de lo que podemos entender como religión, cosa que hoy en nuestro país está razonablemente conseguida, pero que tantísima sangre ha costado. Siendo además la actitud de Jesús de lo más inteligente y eficaz, pues al no tener compromiso alguno con el poder político, es decir, sin responsabilidades de gobierno, su grado de libertad pudo ser óptimo. Otro dato muy significativo de no mala sintonía con el poder romano fue la resistencia del Gobernador Pilatos para firmar la sentencia a muerte de Jesús en el que, según el propio Pilatos, no había encontrado culpa alguna. Culpa, se entiende, de acuerdo con las leyes romanas, que eran a las que él se debía.

La élite religiosa judía no pensaba lo mismo. La sentencia a muerte de Jesús se fue fraguando en esa confrontación que además fue pública y en la que no dudó en ridiculizarlos, a los sacerdotes principalmente. Podemos recordar la parábola llamada del buen samaritano, la lección que este personaje, considerado entre los judíos como de baja condición moral y social, da a un sacerdote y a un levita, considerados a su vez como la élite moral y social también. Ante un hombre que había quedado medio muerto en el camino después de haber sido objeto del asalto de unos facinerosos, mientras el sacerdote y el levita pasan de largo, el samaritano se mueve a compasión y le atiende con todos los medios a su alcance.

Y Jesús pone como modelo de conducta precisamente la del samaritano, no la del sacerdote y la del levita, que posiblemente procedieron de acuerdo con la letra de la ley. En efecto, Moisés había dicho: "Si te encuentras al asno de tu enemigo caído bajo la carga, no pases de largo; ayúdalo a levantarlo" (Ex. 23, 5). Y es claro que aquello no era un asno ni estaba bajo una carga. Acaso la disculpa o la justificación de lo servidores del Templo la habían encontrado en este precepto que Yahvé da a los sacerdotes: "Que ninguno se contamine por un muerto de los de su pueblo, a no ser por un próximo consanguíneo, por su madre, por su padre, por su hijo, por su hija, por su hermano, por su hermana virgen, que viva con él y no se hubiese casado, por ésta puede contaminarse. Pero no por sus otros parientes, pues entonces se profana" (Lv. 21, 1-4) Posiblemente supusieron que aquello que estaba tirado en el camino era un cadáver, no un hombre malherido. Lo más cómodo era no averiguarlo y pasar de largo, que es lo que hicieron.

Jesús se había convertido en un personaje muy incómodo, como lo es siempre el que dice la verdad, el que pone al desnudo la maldad del poder, por eso la élite religiosa buscó la manera de perderle, aunque se cuidase muy mucho de mantener las apariencias legales, de buscar razones políticas de interés común, pues lo presentaron como un revoltoso que podía hacer caer sobre el pueblo judío el aplastante poderío romano. Así lo temían sacerdotes y fariseos en palabras que Juan pone en su boca:

"¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar sagrado y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era

sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezca todo el pueblo?" (Jn. 11, 47-50)

Al margen de que esto, tal como está narrado, no pase de ser una interpretación literaria del hecho, de ninguna manera una reproducción documental, lo que parece claro es que en toda esta situación lo que había era un problema político de fondo, un problema que en el año setenta, treinta o cuarenta años después de la muerte de Jesús, estalló en una rebelión de los judíos contra el dominador romano y que culminó con la destrucción del templo de Jerusalén y la dispersión del pueblo por todo el mundo.

A esto hay que añadir que la interpretación que el evangelista pone en boca de Caifás se asemeja sospechosamente a la que daría el cristianismo de la muerte de Jesús, como tributo que Dios exigía para no aplastar al hombre: "que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezca todo el pueblo". Así, las palabras de Caifás hasta podían considerarse como una profecía inconsciente. Aunque él, por supuesto, no se refería al poder de Dios que exige justicia tal como interpretó después místicamente el cristianismo, sino al aplastante poderío del imperio romano. Por otra parte, queda bien patente la maldad de aquella élite religiosa judía, que pretende justificar la condena a muerte de Jesús en el peligro que supone para el pueblo su predicación, cosa que a todas luces no era más que una artimaña, cuya mejor prueba era que Pilatos no encontró causa alguna que justificase aquella sentencia a muerte. En efecto, ¿qué podía temer el poderoso ejército romano de aquella partida de desarrapados que además predicaba la no violencia? Lo sorprendente es que los seguidores de aquella partida de desarrapados, tres siglos después, conquistaron Roma (año 313, Edicto de Milán), más bien se sometieron a su Imperio, lo que acaso fue la prueba del más espectacular fracaso del evangelio como mensaje de esperanza para los pobres y los marginados.

9. UNA HISTORIA MUY REAL

Esta fue la historia real de lo que entonces ocurrió, la que nos lleva a proponer la crucifixión y muerte de Jesús en unos términos muy distintos a como nos la han contado tradicionalmente. La muerte no ocurrió por ese decreto dado por Dios, por el *fatum* que hemos señalado del teatro griego, sino por el interés y la maldad de los que quisieron perderle, de los que se empeñaron en hacerlo. Es que si nos atenemos a la interpretación mística en que nos han adoctrinado nos encontramos con este absurdo moral: ninguno de los que intervinieron en aquel episodio, los que lo promovieron y los que lo ejecutaron, fueron culpables de lo que ocurrió; si era algo que necesariamente, *fatalmente*, había de ocurrir, todos los que obraron no pudieron hacerlo de otra manera, sino que en todos hay un profundo valor moral positivo, pues todos son los actores de una redención que de otra manera no se hubiese producido, incluido el clero judío que lo condenó a muerte y el mismísimo Judas Iscariote, el traidor, que lo facilitó.

Nos enfrentamos al profundo y difícil tema filosófico de la *predestinación*. Si todo ha de ocurrir por necesidad, si todos estamos predestinados a obrar de una determinada manera, la libertad no existe, y no existiendo la libertad no existe la responsabilidad. De esta manera, ni el mismísimo Judas Iscariote tuvo responsabilidad ni culpa alguna por lo tanto en la traición y venta de su maestro por treinta monedas. Sin ella, el aprisionamiento y todo lo que vino después no hubiese ocurrido. Incluso en Judas se puede descubrir un enorme mérito, el de haberse prestado a hacer un papel tan poco brillante, tan detestable, el papel de traidor. Pensando así, no nos puede extrañar la aparición de textos apócrifos como el Evangelio de Judas, cuya historia no hace mucho salió a la luz. En él, Judas aparece consciente de su papel, incluso que está en connivencia con Jesús para representarlo lo mejor posible.

La dificultad está en que aquello no fue una representación teatral tal como las muchísimas que después se han hecho y que se vienen haciendo de su pasión y muerte, sino un hecho sangrante terrible e injusto, la muerte de un inocente. Jesús era un hombre que amaba la vida, que buscaba generosamente el bien de los hombres, lo que ha sido compartido a lo largo de los siglos por muchísimas personas,

algunas igualmente tratadas con injusticia, no un loco que pretendía ser ejecutado. Él de pronto se vio atrapado y, para ser consecuente con las enseñanzas que había dado, se negó a recurrir a la violencia para defenderse, a lo mejor porque pensaba que lo único que iba a conseguir era derramamiento inútil de sangre, principalmente la de sus discípulos, lo que acarrearía que no sólo acabasen con él, sino con los que pudiesen continuar su obra. Por otra parte, posiblemente por su imaginación no pasó que se pudiese llegar al grado de maldad tal que llevase a que al final hiciesen lo que hicieron con él. A lo mejor pensaba que mediante el diálogo y la persuasión podría salir airoso del peligro, pues no era la primera vez que se había encontrado en una situación difícil. Posiblemente ni los mismos responsables de su apresamiento tenían conciencia clara de lo que podían hacer, quizá algunos pensaban más bien en que aquello fuese un buen escarmiento. Así al menos debió de entenderlo Pilatos cuando mandó que lo azotaran. Pero aquello parece que no satisfizo a la élite dirigente, la más fanática, la que exigió que en la mecánica desatada se llegase hasta el final, incluso apostando tan fuerte que le dijeron que si no le condenaba a la cruz no era amigo del César.

Es claro que Jesús en aquel entonces a lo sumo era uno más de los frecuentes revoltosos, de los caudillos levantiscos que habían assolado aquella atormentada tierra. En los tiempos del empadronamiento que decretó el emperador Augusto, alrededor de las fechas en que nació Jesús, Judas Galileo se levantó con unos cuatrocientos hombres, y todos perecieron. La novedad de Jesús es que no incitaba a la violencia, lo que resultaba extraño en aquella cultura, al menos en la política, acaso no en la profética, que fue en la que se movió Jesús.

10. ¿PERO DÓNDE ESTABA DIOS?

¿Pero dónde estaba Dios? ¿Es que se había ido de vacaciones? Cuando al fin Jesús fue clavado en la cruz y levantado en alto, cuando ya sus enemigos estaban seguros de que no se les iba a escapar, cuando para más humillación crucificaron a su lado a dos bandidos, en palabras de Mateo:

"Los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: 'Tú que destruías el Templo y lo reedificabas en tres días, sálvate ahora a ti mismo; si eres hijo de Dios, baja de esa cruz'.

"E igualmente los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, se burlaban de él diciendo: 'Salvó a otros y a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y crearemos en él. Ha puesto su confianza en Dios, que él le libre ahora, si es que le quiere, puesto que ha dicho: Soy el Hijo de Dios'. Así mismo los bandidos que con él estaban crucificados le insultaban.

"Desde la hora de sexta se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona. Hacia la hora nona exclamó Jesús con voz fuerte, diciendo: *¡Eli, Eli, lema sabachtani!* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Algunos de los que allí estaban, oyéndolo, decían: 'A Elías llama éste'. Luego, corriendo, uno de ellos tomó una esponja, la empapó en vinagre, la fijó en una caña y se la dio a beber. Otros decían: 'Deja; veamos si Elías viene a salvarle'. Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró.

"La cortina del Templo se rasgó de arriba abajo en dos partes, la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron, y salieron de los sepulcros después de la resurrección. Y vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremedida y decían: 'Verdaderamente éste era hijo de Dios' (Mt. 27, 39-54)

Leyendo esto, uno enmudece, sobre todo al escuchar las palabras que el autor pone en boca de Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" ¿Se trata de un grito de desesperación, de una imprecación contra ese Dios en el que había creído? La verdad es que la situación no podía ser más trágica: el terrible final de una vida dedicada en alma y cuerpo a elevar el nivel moral del hombre. Aquello era la constatación de su fracaso. Dios realmente le había abandonado, la crueldad con la que

había sido tratado por los hombres no había conseguido mover la compasión de ese ser superior al que él llamaba Padre. ¿Qué clase de padre era entonces? Los que le imprecaban proponiéndole que bajase de la cruz y se salvase si realmente era el hijo de Dios, estaban provocando a Dios mismo, exigiéndole que hiciese un milagro, que mostrase la fuerza de su poder, si es que lo tenía. Pero ese Dios parecía sordo y ciego. ¿Es que ese Dios supremo no existía o es que estaba de vacaciones? Epicuro había dicho tres siglos atrás que los dioses o no existen o no se ocupan de los asuntos de los hombres. Y dos siglos después de Epicuro, Tito Lucrecio Caro, uno de sus más ilustres seguidores, había escrito estos esclarecedores versos:

"Pues la naturaleza de los dioses
debe gozar por sí de paz profunda
de la inmortalidad: muy apartados
de los tumultos de la vida humana,
sin dolor, sin peligro, enriquecidos
por sí mismos, en nada dependientes
de nosotros: ni acciones virtuosas
ni el enojo y la cólera les mueven" (1)

Y el propio Jesús, por su parte, había dicho algo similar, al menos en lo que se refiere a ocuparse de los asuntos de los hombres: "vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre bueno y malos, que llueve sobre justos e injustos" (Mt. 5, 45) Los que imprecaban a Jesús y se burlaban de él por el poco caso que parecía hacerle el Dios en el que se supone que creía, se estaban refiriendo al Dios viejo, al del Antiguo Testamento, al Dios que bajó a la tierra para ponerse de parte de los israelitas, al Dios de los ejércitos, el que, según lo que les habían inculcado durante siglos, les iba a hacer ganar todas sus batallas.

Ese Dios era el que podía haber aparecido para sacar a su supuesto hijo de aquella terrible situación, el Dios justiciero y terrible que llenaría el mundo de cadáveres, el Dios en el que generalmente han creído todas las religiones. Pero ese Dios no es real, sino muy ideal, el que cada uno se ha montado a su imagen y semejanza, la de su maldad y al amparo de sus intereses. El Dios del evangelio no era ése, sino un Dios real, muy real, el que no interviene en los asuntos de los hombres, el que no le obliga en su conducta ni tutela sus intereses, sino *el que ya les ha transferido toda su responsabilidad*. En el drama de la pasión no puede estar más claro: los que intervinieron no son actores, no son personajes de ficción, sino seres humanos de verdad, que no llevaban ningún guión aprendido que los fuese obligando a actuar, sino que ellos mismos se habían de escribir su propio guión, se habían de montar su propia película y hacer su Propio papel.

Entender un Dios así hace muy difícil por muy responsable el obrar: es el Dios o el padre que ha quitado las andaderas al hijo y le deja que vaya a su aire, que obre de acuerdo con sus propios criterios. Quizá la mejor lección en este sentido nos la dejó en la conocida parábola llamada del hijo prodigo. En ella el padre da libertad absoluta a su hijo, le da la herencia cuando éste se la pide, y se la da a conciencia de que la va a dilapidar para mal suyo. Y el hijo la dilapida, se equivoca y comete muchos errores, pero al fin los reconoce y vuelve a la casa del padre hecho un hombre, ya con la lección bien aprendida, y el padre le acepta amorosamente aun a despecho del hijo mayor, el que ha sido dócil, el que no se ha jugado nada, a despecho de su mezquindad, de su envidia. Por esto el evangelio es tan moderno, tan actual.

Y Jesús expiró sin que a ese Dios ideal se le moviese un músculo de la cara, y la injusticia se consumó, lo que es tanto como decir que la responsabilidad humana entró en escena, cobró su verdadera dimensión. Cobró carta de naturaleza, una carta de naturaleza que después el cristianismo se encargó de falsificar, especialmente por obra de Pablo de Tarso. Incluso allí mismo, en el Gólgota, se empezó a falsificar, pues aunque en la narración de Mateo y en la de Marcos Dios no interviene a favor de Jesús, sí desata las fuerzas de la naturaleza como para mostrar su irritación: desaparece la luz, se producen terremotos, el velo del templo se rasga hasta partirse en dos y algunos muertos resucitan.

Suponemos que esto no es más que literatura que se escribió muchos años después, sin duda por la tentación de apostar por un Dios muy ideal, muy atractivo para los intereses de mucha gente, especialmente de los que buscan el poder, nada acorde en todo caso con el Dios real del evangelio.

Conviene anotar que ni en el evangelio de Lucas ni en el de Juan se toma nota de la frase que Mateo pone en boca de Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" En ellos se ponen otras frases, hasta completar las llamadas siete palabras, en todo caso con tintes de una mayor resignación por parte de Jesús. Es que el cristianismo y la Iglesia en que se institucionalizó no comprendieron nunca a fondo el mensaje de Jesús, el Dios real, el que parece que está de vacaciones cuando se le convoca para que se ponga al servicio del hombre interesado, el que siempre está ahí para ayudar al hombre que le sirve, al que busca de corazón la verdad y la justicia, la verdad universal y la justicia universal, no la verdad particular y la justicia particular de cada uno, no la verdad y la justicia inmediata o a corto plazo, que es lo que tanto suele atraer a las gentes que se dicen piadosas. En el fondo, el Dios real del evangelio, el Dios universal, es el verdadero, lo mismo que el saber verdadero en cualquier ciencia es el saber universal. De haber intervenido en aquella situación a favor de una de las partes hubiese sido la mayor falsificación, pues ya no hubiese podido ser un Dios universal, un verdadero Dios único, el que deja libertad para que cada uno obre de manera responsable.

11. EN OTRAS HISTORIAS

En las ciencias de la naturaleza, por ejemplo, tenemos otras historias en las que el drama de la pasión de Jesús se repitió o estuvo a punto de repetirse. Tal pudo ser la historia de la teoría heliocéntrica de Copérnico frente al geocentrismo que pretendía mantener el tribunal de la Inquisición, el que en el siglo XVII juzgó y condenó a Galileo a morir en la hoguera porque había afirmado que lo que produce los días y las noches no es el sol girando alrededor de la tierra de acuerdo con las apariencias, sino por el giro de la propia tierra sobre su eje. La sentencia no llegó a ejecutarse porque el hábil italiano en el último momento se retractó. De no haberse retractado y de haberse ejecutado la sentencia, al igual que ocurrió en el Gólgota, el Dios real no hubiese aparecido para salvarle de las llanias. Es que para ese Dios la verdad se impone sola, de ninguna manera a golpes de milagro, de espada o de cimitarra o de misiles de largo alcance.

1) TITO LUCRECIO CARO, *De rerum natura*, libro I, 80-87.